

Dotada de una imaginacion siempre despierta, y cuya actividad se aumentaba con las actuales abstinencias, tal vez encontraba un secreto goce en cubrirse de aquel cilicio, en macerar sus carnes, en vencer á sus sentidos. A veces el ascetismo encubre una profunda voluptuosidad.

No debia tardar Vandelle en proporcionarle una ocasion para triunfar aun de sí misma. Su primera derrota no le habia desanimado; considerábala como una simple escaramuza, en la que habia sido vencido por sorpresa, y por lo tanto, propúsose dar una gran batalla, sin poner en duda que la victoria estaria de su lado.

### XVIII.

Ni el mejor general, por otra parte, hubiera combinado mejor su plan estratégico. Escogió con sumo cuidado, el terreno, el dia y la hora. Llevó su escrúpulo, hasta el punto de consultar el barómetro; queria hallarse para combatir con ventaja en buenas condiciones atmosféricas. Su antiguo modo de vivir, sus numerosas amistades femeninas, le habian enseñado que el estado del cielo, y el viento juegan un gran papel en la historia de las mujeres. Un tiempo húmedo, lluvioso, predispone á la pereza, á la indolencia, á la apatía: la fatiga se siente sin haber hecho ejercicio; la melancolía acude sin motivo fundado; búscase la soledad; apetécese el sueño. Por el contrario, una temperatura seca, un buen viento noreste azota la sangre, activa su circulacion, irrita el sistema nervioso, é impulsa á buscar al prójimo para contradecirle, arañarle ó amarle, segun la complexion del individuo. Cuando el aire está lleno de electricidad, sucede otra cosa muy distinta; ya no se siente solo el deseo de arañar, sino el de morder, pegar ó ser pegado, buscar camorra á las personas mas inofensivas, abrazarse á un pecho amigo, gritar, reir ó llorar. Las mujeres dan, por lo regular, su

primera caida en dias tempestuosos. Que se acuerden y reconocerán, que el cielo fue su cómplice; esto es un consuelo para ellas, pero en verdad que el cielo debe tener la conciencia muy cargada.

Así pues, Vandelle, como hombre experto, y jugador que desea encontrar probabilidades de ganancia, escogió un dia de tempestad para dar la batalla.

Crejó así mismo prudente aprovechar un viaje que Enriqueta hizo á Luchon, donde entonces se encontraba una parienta suya. En los dos primeros dias de esta ausencia, Vandelle habia deplorado la serenidad del cielo, la bondad de la atmósfera que parecia no querer ayudarle, impidiéndole tal vez aprovecharse de una ocasion tan propicia. Pero desde el mediodía del dia tercero, espesas nubes velaron bruscamente las montañas; el aire se hizo pesado, asfixiante. Todo anunciaba una de esas tormentas tan frecuentes en los Pirineos.

Pronto el trueno se dejó oír á lo lejos, los ecos de la montaña prolongaron su sonido hasta el infinito y rápidos y frecuentes relámpagos comenzaron á desgarrar las nubes.

A la caida de la tarde, la tormenta se hallaba en toda su fuerza. Ester Sandraz no habia salido de su cuarto ni aun para comer, pretestando una fuerte jaqueca. Pero Vandelle sabia que velaba; desde el parque habia visto luz por sus balcones.

Esperó que los criados se retirasen á sus habitaciones, y sin hacer ruido, marchando de puntillas, comenzó á subir la escalera de la casa.

Cuando llegó al segundo piso, saltó por un balcon corrido que daba vuelta á dos fachadas, y de este modo, deslizándose, pudo llegar hasta los balcones del cuarto de Ester. Hallóles cerrados, pero la ventana que seguia despues y permitia entrar á un cuartito tocador contiguo al otro, estaba entreabierta. Sofocada por el calor de aquella noche tempestuosa, y no atreviéndose á abrir todos los balcones, Ester habia puesto en co-

municacion su cuarto con aquel otro cuartito y recibia de este modo indirectamente el aire por aquella ventana.

Vandelle, sin dudar un solo momento, pues se hallaba resuelto á todo, aun al escándalo, penetró cautelosamente en aquel cuartito, y conteniendo su respiracion, marchando otra vez de puntillas, sin hacer ruido alguno, se dirigió hácia la puerta, adelantó la cabeza y miró.

Ester se hallaba de espaldas: pero podia verla en el espejo colocado sobre la chimenea.

De pié, medio envuelta en un peinador de muselina, arreglaba sus cabellos para la noche. Sus brazos, desnudos hasta el hombro, arqueábanse por detrás de su cabeza, mientras que sus ágiles dedos se movian entre el cabello. Su cuerpo, inclinado hácia atrás hacia sobresalir su potente seno que se desbordaba del peinador. Su mirada tenia algo de vago, de melancólico y sus labios, abiertos á medias, parecian agitados por un estremecimiento voluptuoso.

Para evitar el calor se habia librado de la tiranía del corsé, y de las enaguas almidonadas; pero el flotante peinador que la envolvía, no podia dibujar sus formas y Vandelle, no habria podido ni sospecharlas siquiera, si el pasado surgiendo repentinamente ante él, no le hubiera hecho entrever todos los encantos en otro tiempo contemplados.

La tempestad abandonó la montaña para bajar al llano, los relámpagos se hicieron mas frecuentes, el cuarto aquel se iluminaba á cortísimos intervalos y la muselina del peinador se hizo mas transparente. Entonces á brevísimas intermitencias, y como una brusca vision, Ester apareció en toda su desnudez.

Las líneas esbeltas y poderosas de su cuerpo, dibujábanse con precision, hundidas en el talle, abultadas y salientes en el cuerpo y las caderas. Su piel dorábase á la luz de los relámpagos y bajo la influencia de las corrientes eléctricas, parecia agitarse víctima de rápidos estremecimientos. Era á la vez dio-

sa y mujer; diosa, por el espectáculo grandioso que la rodeaba, por su belleza escultural, por la armonía de sus formas, por su gracia soberana; mujer, cuando su cuerpo templaba, palpitaba, se retorcia en su muelle voluptuosidad.

De repente, cayó una exhalacion junto á la casa, y Ester, mucho mas asustada, se volvió hácia la puerta con objeto de cerrarla.

Viéndose descubierto, Vandelle se lanzó á ella y la estrechó entre sus brazos.

## XIX.

Ester no manifestó ni espanto, ni sorpresa siquiera. Tal vez esperaba aquella brusca interrupcion, aquel nuevo ataque. Tal vez, hacia dias que adivinaba los planes de Vandelle, y segura de sí misma, cierta de no sucumbir en la lucha, la aceptaba con valor.

No lanzó un grito, no hizo esfuerzo alguno, para evitar la brutal acometida de su antiguo amante. Permaneció rigida, impasible en sus brazos, contentándose con desafiarle con la mirada, y sonreír irónicamente. Parecia decirle:—«Bien; lo has querido; Me hallo en tu poder, desarmada, sin fuerzas para resistirte; soy tu cosa, haz de mí lo que quieras. Sin embargo, «no lo olvides, soy una cosa inerte, un cuerpo sin alma. Soy «la materia, pero no ignoras que para animar á la materia es «preciso ó lo que los materialistas llaman la fuerza, ó lo que «llaman los espiritualistas el soplo divino. Anímame; te desafio «á que lo intentes.»

Él, no comprendía aun, no adivinaba lo que por ella estaba pasando; no habia tenido nunca ocasion de medir la fuerza de resistencia que existe en una mujer firme en su obstinacion, segura de sí misma, porque ya ha triunfado, y ávida de venganza.

Recordando el pasado, creía siempre que Ester volvería á ser lo que habia sido. La juzgaba segun sus propias sensaciones; habíala amado solamente con los sentidos, y sus sentidos subsistian; pero olvidaba que Ester le habia amado primeramente con el corazon, y que ulcerado el corazon, los sentidos dormian.

Teniala en sus brazos, intentando reanimarla, pero no lo conseguia. El dia, en que habiéndola sorprendido en la hamaca é inclinándose hácia ella habia intentado hacer brillar sus ojos, y hacer dar besos á sus labios, habíase consumido en esfuerzos impotentes. Ahora, ya no eran el rostro, la mirada y la boca lo único que permanecia impasible; era tambien el cuerpo, todo el cuerpo; el seno conservaba su impasibilidad mármorea; el talle y las caderas, su rectitud de líneas; los brazos permanecian pendientes y pegados al cuerpo; ni el color, ni estremecimiento alguno revelaban en ella el menor deseo.

Y cuando Enrique levantaba sus ojos hácia ella, encontraba siempre su eterna sonrisa, su estinguida mirada.

Intentó conmoverta, al menos, con sus palabras; pintóle sus sufrimientos, sus torturas; díjole que moriria, que se mataria, si no era ya amado por ella; estuvo verdaderamente apasionado, elocuente, fogoso. Ella le escuchó sin interrumpirle, siempre silenciosa, siempre impasible, sonriente siempre. Lloró como un niño; ella contempló como lloraba. Furioso, fuera de sí, la levantó en sus brazos, y la arrojó sobre un sofá; ella cayó, mejor dicho se dejó caer, de igual modo que caería una Vénus de mármol derribada de su pedestal.

Entonces ya, tuvo él miedo de aquella inercia, de aquella mirada estingida, de aquella boca entreabierta, de donde no parecia salir aliento alguno, de aquel silencio que le rodeaba, de aquella rigidez cadavérica. Sintióse por segunda vez vencido, incapaz de luchar por mas tiempo, de triunfar de las resistencias calculadas ó instintivas de aquella mujer de fuego metamorfoseada en mujer de hielo.

XX.

La tormenta habíase desvanecido. Ya no se oian en la montaña mas que sordos gruñidos, á manera de un eco lejano y debilitado que habla todavía, cuando ya reina el silencio. Todas las nubes se habian disipado, dejando descubierto un cielo de un azul oscuro, sembrado de luminosas estrellas. La luna llena, rodeada de un ancho círculo luminoso, doraba aun algunos ligerísimos vapores que la tormenta habíase olvidado de arrastrar en su fuga. Las montañas aparecian tan claramente dibujadas como de dia, con sus picos salientes, sus cimas nevadas, plateadas por toda la luz que del cielo descendia. Mil aromas subian de la tierra mojada, de las yerbas de la pradera, de los árboles frondosos. En estos, los pájaros á quienes habia despertado la tormenta, y que ahora la claridad de la noche les impedia conciliar el sueño, se hablaban entre sí, se contaban su miedo durante la tempestad y daban de este modo un concierto nocturno. La naturaleza habíase calmado: al ruido, al desórden, al horror, sucedian el reposo, la armonía, la belleza!

Ester, ya sola, abrió uno de sus balcones y asomada á él pudo gozar de los esplendores de aquella bella noche, mientras saboreaba su nuevo triunfo. Este era en realidad absolutamente completo: habia sabido vencer á sus recuerdos, á su pasado, á sus sentidos tentados quizás de protestar contra la sumision que de ellos se exigia. Ah! ahora sí que estaba vengada, tan bien vengada que ni pensaba en vengarse asimismo, como al principio lo apetecia, de aquella Enriqueta de Loustal que le habia arrebatado su amante, su futuro marido.

Y sin embargo, Enriqueta nada habia hecho para enternecerla, para inspirarle piedad ó simpatía. Antes al contrario,

por instinto, por intuición, había siempre tratado á Ester, sino con dureza, al menos con afabilidad. No había intentado hacerse de ella una amiga, una confidente; habíase limitado á considerarla como su acompañante, su lectora, la mercenaria, casi la criada. Ester había sido tolerada, pero no aceptada.

No obstante, Enriqueta, podía tener necesidad de una aliada; abandonada por su marido, herida en su amor propio; desdeñada, casi despreciada, indefectiblemente, pensaba Ester, sus miradas han debido volverse hácia Federico, el compañero de su infancia, el amigo de su juventud. Sí; para Ester, que había sucumbido sin larga resistencia, el día en que se enamoró de Vandelle; para Ester educada por una madre débil, entregada desde muy niña, á su propio instinto, audaz de nacimiento, y por consecuencia de su educación, no teniendo sino una imperfecta noción de lo que se llama deber; rebelde á comprender ciertos sacrificios y determinadas abnegaciones, Enriqueta debía haber caído ó hallarse á punto de caer.

Pero, ¿qué le importaba ya la tal caída? ¿Había de ir á contárselo á Vandelle? ¿Con qué objeto había de separar para siempre á ambos esposos? ¿Por ventura no le pertenecía ya Vandelle para siempre? ¿No había logrado resucitar el pasado, darle un cuerpo, poner entre él y su mujer, una barrera infranqueable?

Además, ¿qué crimen había cometido Enriqueta contra ella? ¿Al casarse con Vandelle, tenía conciencia del daño que causaba á Ester, de la desesperación en que la sumía? Verdad es que no se había portado muy bien con su lectora, pero de esto solamente Clara Meunier podía estar resentida; nada tenía que ver en ello Ester Sandraz. ¿Qué actriz, en la vida privada guarda rencor al actor que el día anterior en escena, representando su papel, la ha injuriado mortalmente? Ester llevaba una máscara, esta máscara podía ser abofeteada impunemente sin que su mejilla sufriese injuria alguna.

Pero, desgraciadamente, para Enriqueta, ésta iba muy pronto á herir cruelmente á Ester Sandraz.

XXI.

Una noche del mes de setiembre, Mr. Fourcanade, su señora y su hija fueron á hacer una visita á casa de Vandelle.

Las noches empezaban á refrescar en aquel país montañoso; así es que chisporroteaban enormes troncos en la chimenea del gran salón donde ya se recibían las visitas.

La alcaldesa y su hija Angélica, Enriqueta y Clara Meunier, sentadas ante una gran mesa, hacían labor y hablaban. En cuanto á Vandelle, hundido en un sillón, al extremo de la sala, mientras parecía prestar atención á Mr. Fourcanade que le hacía confidencias poco trascendentales, tenía los ojos fijos en Ester, cuyo rostro iluminado por la llama de la chimenea, destacábase vigorosamente en el centro de aquella semi-oscuridad.

—Angélica, hija mía, dijo la alcaldesa á su hija, ocúpate en mirar los grabados de un libro... Conviene que una jóven como tú, esté siempre ocupada.

—Con mucho gusto, mamá, exclamó Angélica con una vocécita aguda; pero no tengo libro alguno.

M.<sup>me</sup> Fourcanade, volviéndose hácia Clara la suplicó que prestase un álbum á su hija.

Ester se dirigió á buscar un abultado libro colocado sobre un velador próximo y se lo entregó á Angélica, diciendo:

—Aquí tiene V. *La vuelta al mundo*, señorita; en él hallará V. grabados muy instructivos.

—¿No hay salvajes, verdad? exclamó la alcaldesa asustada.

—No, señora, no hay salvajes, dijo Ester, sonriendo.

—Bueno. Ver salvajes no siempre es conveniente para las señoritas.

Mientras que Angélica se apartaba, con el libro, é iba á hojearlo cerca de la ventana, aprovechando las últimas luces del día, la alcaldesa, que juzgó prudente no dejar languidecer la conversacion y que poseia el talento de las transiciones, dijo á Enriqueta :

—¿No viaja nunca Mr. Vandelle?

—Con poca frecuencia, respondió Enriqueta.

—Gran conversion ha obrado V. en él. Debe V. hallarse orgullosa.

Después, y no sin haberse asegurado de que ni su hija, ni el amo de la casa podian oirla, inclinóse hácia Enriqueta y bajando la voz, la dijo:

—Si hablo de su conversion, es por que M. Vandelle, antes de su matrimonio, pasaba por ser tan mala cabeza ó peor que mi marido. Dícese que llevaba en París una existencia... Ya sé que el tutor de V. se lo advirtió, sin esto, puede V. creerme que no hablaria nunca de estas cosas.

Inclinóse aun mucho mas, de manera que solo pudiese ser oida por Enriqueta y Ester, y añadió confidencialmente:

—Creo que sentia una pasion... formal, que sostenia relaciones íntimas con una extranjera, una portuguesa, segun creo, que habia venido á buscar fortuna á Francia con su madre; y se aseguraba que tenia la pretension de casarse con él.

—Ya lo sabia, respondió Enriqueta, continuando su labor, mientras que Ester Sandraz habia abandonado el suyo, y pálida, conmovida seguia con avidez el curso de aquella conversacion.

—Mi tutor habló de esa mujer con Vandelle, que confesó francamente aquella locura. Pero no creo que nunca haya tenido la idea de casarse con ella. ¿Acaso puede nadie casarse con esa clase de mujeres?

Ester consiguió á duras penas, reprimir un movimiento de cólera.

—¡Celosa! ¿Qué podia haber de comun entre ella y yo? Com-

padezco con toda mi alma á esas infelices de que hablamos, y siento por ellas, mas bien lástima que asco. Pero si aquel á quien he dado mi mano y mi fé, olvidando su dignidad y su honor, cayera en lá abyeccion de darme por rival, á mí, á su esposa, una mujer de esa clase mi desprecio seria mayor para él que para ella, y ni aun le haria el honor de consentírselo!

—¿De veras? murmuró Ester, de pié y temblorosa.

—¿Qué dice V. Clara? dijo Enriqueta alzando la cabeza.

—Nada, no he dicho nada, repuso Clara volviendo á sentarse.

—Pues yo no soy como V., replicó la alcaldesa: tengo celos de todas las mujeres, hasta de las criadas; y si mi marido hubiera tenido por querida á una de esas mujerzuelas, aunque fuese portuguesa, ninguna consideracion me hubiera privado de arrancar los ojos á ambos culpables!

—Se pueden tener celos de una criada, observó Enriqueta, si la criada es honrada. La camarera á quien la pobreza obliga á servirnos, está muy por encima de esas intrigantes cuyo solo objeto es casarse y ocupar la plaza de las mujeres honradas.

La alcaldesa, dijo, levantando la voz:

—Angélica, sigue mirando los grabados.

—Sí, mamá, exclamó la dulce Angélica que prestaba atento oido á la conversacion.

La alcaldesa, prosiguió diciendo á Enriqueta:

—Tal vez se ha mostrado V. un poco severa con esa... señorita.... como las llaman en París. He oido afirmar que en otro tiempo era recibida en la buena sociedad parisiense, que tenia muy buenas maneras, y vasta instruccion.....

Enriqueta le cortó la palabra y respondió con toda la severidad de la jóven educada en provincia, y con toda la brutalidad de la mujer casta:

—Pues es mas culpable de ese modo! Su pasado, su educacion, habrian debido preservarla de una caida vergonzosa. Pero

yo conozco mejor que V. á la mujer de que nos ocupamos: no es V. la primera persona que me habla de ella. Últimamente, en Luchon, una de mis amigas me la nombró! Se llamaba, creo, Ester Sandraz y habia escandalizado á París por sus escentricidades, sus gastos exagerados, sus trajes espléndidos. Nadie la tenia en gran aprecio, ni aun antes de su caida... En cuanto á esta caida, debió ser premeditada. Enrique entonces era rico, y esto inspiró sin duda un infame cálculo, un tráfico odioso!

Ester volvió á levantarse amenazadora, terrible.

Pero en torno suyo habíase formado progresivamente la sombra: ya no la iluminaba la llama de la chimenea: nadie pudo notar la alteracion de los rasgos de su fisonomía, la estrañeza de su actitud; y cuando un momento despues, entró un criado con luces, habia tenido tiempo de sobra para reponerse.

No tardó mucho Mr. Fourcanade, que acababa de oír el silbato del tren, y de mirar al mismo tiempo su reloj para hacer constar que el tren pasaba á la hora de reglamento, en acercarse á su mujer y recordarle respetuosamente que habia llegado la hora de partir.

Angélica se habia aficionado á los grabados: tenia ante su vista unos africanos ligeros de ropa, y por lo tanto se atrevió á decir:

—Pero, papá, si no son mas que las nueve!

—Nó, hija mia; las nueve y catorce, puesto que el tren se pone en marcha en este momento.

—Imitemos pues, al tren, exclamó la alcaldesa, que creyó haber dicho un chiste.

Despidióse de Enriqueta y se dirigió magestuosamente hácia la puerta, seguida de su hija y de su marido que llevaba un baston, un paraguas, una linterna, la labor de las mujeres y unos chales, por si el frio apretaba.

Vandelle, bajo pretesto de acompañar á la tribu Fourcana-

de, salió con ellos, mientras que Enriqueta se retiraba á su habitacion.

XXII.

Un cuarto de hora despues, Enrique Vandelle, volvia al salon, encontrando en él á Ester nerviosa y agitada.

Así que le vió, pareció adoptar una determinacion, y yendo en derechura á él, le dijo:

—¿No hay una plaza de ingeniero vacante en la fábrica de V.?

—Sí, respondió él, admirado.

—¿Y su mujer de V. continúa pidiéndosela para Mr. Federico Deschamps?

—Sí; hoy mismo ha vuelto á insistir en que se la dé.

—¿Y se la ha rehusado V.?

—Y se la rehusaré siempre.

—Pues conviene al contrario, concederle lo que desea, dijo con acento breve, rápido, conmovido.

—¿Por qué? No lo comprendo! replicó Enrique cada vez mas sorprendido.

—Ni hay necesidad de que lo comprenda V.; dé V. esa plaza al jóven! ¡Lo quiero!

—Sin embargo..... balbuceó Vandelle.

—Ah! ¿Necesita V. esplicaciones? ¿Es preciso absolutamente que llegue V. á comprender? Pues bien, sea. El invierno se acerca; el fastidio domina en estas montañas, en esta casa; ese jóven es encantador y podrá ayudarnos á pasar el tiempo.

Enrique se puso tan pálido como ella, al oír esto.

—¡Ah! ¿Y por eso me pide la plaza? ¿No me hace V. sufrir bastante todavía? ¿Quiere V. ahora darme el tormento de los celos?

Ester se echó á reír nerviosa, febrilmente.

—¡Já, já! Me cree enamorada de ese hombre! ¡Cómo si yo pudiera amar á nadie! Por lo demás; ¿he podido amar nunca? ¿He amado alguna vez? No hice mas que un cálculo infame el dia en que me entregué á V.! Fue una venta miserable! Me vendí y nada mas!

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Su mujer de V.! Acaba de decirlo, aquí, en este salon, delante de mí! Y yo la he escuchado en silencio! Nada he respondido! ¿Y qué podia responder? Tal vez tenia razon! Por eso no la odio, y ya V. ve que defiendo su casa, que deseo hacer su felicidad!

—¿Su felicidad?

—Naturalmente... Ah! ¡No ha llegado á comprender nada este hombre!.. ¡Todos son iguales!

—Pero ¿qué es lo que quiere V. decir?

—Quiero decir, repuso Ester estallando, no pudiendo contenerse por mas tiempo, que su Enriqueta de V., tan severa para conmigo, tan dura, tan cruel, ama á Federico Deschamps!

—¡Ella!

—Sí, ella! ¿Va V., ahora, á hacerme la injuria de negarlo, de sostener que es demasiado virtuosa, demasiado honrada para esto, que es incapaz de cometer faltas, que yo sola cometo? ¡Pues ya veremos si es ella la que disfruta el monopolio de la virtud! Ah! Me ha insultado, ha hablado de Ester Sandraz como de una mujer perdida, como de una prostituta, pues bien, quiero que ame á su vez, deseo que sucumba, que sienta menos desprecio hácia mí! Quiero, en fin, que Federico Deschamps venga á aquí, viva aquí, respire el mismo aire que ella y la seduzca, al fin, de igual modo que fuí yo seducida!

—¿Y yo? exclamó Vandelle.

—Ah, sí; es verdad, V.; no pensaba en V... pero, en fin, será una nueva venganza que tomaré de V... y magnífica! ¿por qué no pensé antes en ella? Verdad es que desdeñaba yo á su mujer

de V... pero me ha insultado, me ha ultrajado, y al vengarme de ella, voy á vengarme una vez mas de su marido. V. me engañó, me abandonó, me perdió, me pisoteó para contraer un rico matrimonio, para casarse con una fortuna y una virtud; en cuanto á la fortuna, puede V. guardársela: ya me la ofreció V. y no la quise; pero en cuanto á la virtud de esa señora, empiece V. á no contar mas con ella; pronto va V. á perderla! ¡Quiero que la pierda V.! Así, pues, queda dicho; desde mañana el amigo de infancia de Enriqueta será huésped de esta casa; si no lo hace usted así, parto y no vuelve V. á verme mas. Ni siquiera le quedará á V. el consuelo de esperar que un dia tal vez el pasado nuestro, renazca de sus cenizas.

Acompañó estas últimas palabras, con una profunda mirada, y abandonándole á sus reflexiones, salió sin querer oírle.

### XXIII.

Quedó anonadado Vandelle bajo el flujo de aquellas palabras; aterrado por aquella inesperada escena, asustado de las nuevas pretensiones de Ester.

¡Aquello era una locura! El aislamiento relativo á que Ester se habia condenado, su brusco trasplante á un país semi-salvaje, las privaciones que se imponia, la abstinencia, á que por ideas de venganza se condenaba, todas sus aspiraciones ahogadas, sus deseos no satisfechos, habíanle de fijo, producido en ella una profunda perturbacion. Hallábase enferma del cerebro, indudablemente, y seria peligroso obedecer á sus lucubraciones, seguir la senda por donde pretendia arrastrarle.

Todo esto pensaba Vandelle.

Recorria á grandes pasos el salon, calculando estas cosas, hablando en voz alta, haciendo gestos, como si verdaderamente fuese él quien se volvia loco.